

más aún que por los rayos de un sol abrasador. Desde lo alto de la torre *Antonia*, los centinelas contemplaban, pensativos é inquietos, el movimiento febril de los sacerdotes y del pueblo: el procurador, que el día antes había llegado con una nueva cohorte de la legión duodécima, la que sería conocida en la historia con el nombre de *fulminante*¹ se preguntaba á sí mismo dónde iría á caer el rayo que le habían puesto en sus manos. Mas en concepto de todos, era muy evidente que la atmósfera estaba tempestuosa, y que no podía tardar el rayo en romper la nube, extendida cual sombrío velo sobre la ciudad, *que mataba á los profetas y apedreaba á los que le eran enviados*².

¹ Entonces, *fulminata*. Era el sobrenombre de la legión *duodécima bis*, acantonada habitualmente en Cesarea, y que daba la guarnición á Jerusalén. Después del sitio del año 70 fué enviada á Melitene, de donde tomó el nombre de *Melitina*, que llevaba bajo el reinado de Marco Aurelio, antes de llamarse *fulminante*.

² MATTH., XXIII, 37: «*Jesusalem que occidis prophetas et lapidas eos qui ad te missi sunt.*»

CAPÍTULO II

JESÚS EXCOMULGADO POR EL SANHEDRÍN

Jam enim conspiraverant Judaei, ut si quis eum confiteretur esse Christum, extra synagogam fieret.

JOANN., IX, 22.

Rabbi, nunc quaerebant te Judaei lapidare, et iterum vadis illuc?

Id., XI, 8.

No puede haber, tal vez, una idea menos aceptable, á primera vista, que el poner fuera de la ley al Salvador, el que pronuncien contra él una excomunión á sangre fría, con toda la calma de la reflexión y todas las formas de un proceso regular. Para el mayor número de nosotros, la muerte de Jesús es, sin duda, la consecuencia de un odio alimentado por largo tiempo en silencio y entre las sombras, y que se manifiesta abiertamente en el consejo que se celebró á consecuencia de la resurrección de Lázaro, y se desata sin miramientos la noche del Jueves Santo; pero la sentencia del Sanhedrín, ratificada por Pilatos, no aparece, á primera vista, que tuviera trámites oficiales. Aprovechando la ocasión que la traición de Judas les proporcionaba, los Fariseos y Escribas sorprendieron á su víctima, amotinaron al populacho, arrancaron el consentimiento al Procurador, y consumaron el decidio, con una rapidez que atenúa su horror disminuyendo la responsabilidad de los culpables, más apasionados que reflexivos. Los jueces se han guiado por un movimiento de

cólera, excitado por las últimas reprensiones de Jesús; el pueblo se ha dejado llevar de una impresión pasajera como les sucede á las turbas soliviantadas por los tribunos; los unos y los otros han pèdido, obtenido y derramado la sangre antes de haber pesado las consecuencias del crimen. Verdades que merecen la más enérgica reprobación; pero se pueden alegar á favor de ellos circunstancias atenuantes, como lo son el apasionamiento y la ceguedad que ocasiona. Con más calma, no habrían pèdido que aquella sangre cayera sobre sus cabezas; y San Pablo ha tenido razón para decir: «Si hubieran conocido al Rey de la gloria, jamás le habrían crucificado»¹.

Pero nada hay menos conforme á la realidad de los hechos. El deicidio fué premeditado. Los Príncipes del pueblo lo prepararon desde mucho antes, y hacia tiempo que el pueblo mismo había aceptado su posibilidad (se entiende los habitantes de Jerusalén y los partidarios del Sanhedrin, como lo haremos ver más adelante). La responsabilidad, pues, de la sangre derramada recae por entero sobre los que gritaron é hicieron gritar: «¡Crucifícale!» ¡Nosotros y nuestros hijos respondemos de ello!². Si el mundo los mira todavía como malditos al cabo de diez y ocho siglos, ellos se tienen la culpa: ¡ellos maldijeron, á la faz del mundo, al Rey eterno de los siglos!

No le conocieron, se objetará por ventura, fundándose en San Pablo. Es verdad, respondemos; pero fué porque no quisieron conocerle; la palabra más exacta sería acaso la de San Pedro: «Le desconocieron»³ y renegaron

¹ I COR., II, 8: «Si enim cognovissent, nunquam Dominum gloria crucifixissent.»

² MARC., XV, 13: «Crucifige eum!»

³ MATH., XXVII, 25: «Sanguis ejus super nos et super filios nostros.»

⁴ ACT. APOST., XIII, 27: «Hunc ignorantes... petierunt a Pilato ut interficerent eum.»

de él⁴. Examinemos la razón, y veamos cómo Israel pudo ser arrastrado á colocar á su Redentor en el número de los criminales², pronunciando contra él un fallo de excomunión que tenía que venir á parar fatalmente en una sentencia de muerte. El Evangelio basta para suministrarlos los elementos de este estudio; los rabinos se han encargado de completarlo.

Lo hemos dicho ya más arriba; el pueblo judío esperaba un Mesías, es decir, un Libertador, que le libraria de toda opresión, le devolvería su autonomía y aun le haría prepotente entre todos los pueblos si no dominador del mundo. Estos diferentes caracteres de Cristo los tomaban de las profecías de diversas fechas que habían, digámoslo así, delineado su historia, desde Abraham á Moisés, de David á Isaías, de Daniel á Malaquías; no eran ilusiones que el espíritu se forjara, pues los textos eran claros y fáciles de entender, á cualquier época que pertenecieran, y sobre todo en el último periodo, en el periodo de la cautividad de Babilonia y de la decadencia subsiguiente, desde los días de Zorobabel hasta los tiempos de Herodes y de César.

Sino que, como era muy natural, el pueblo había visto en la venida y el reino del Mesías el establecimiento de un nuevo régimen político y social, que procuraría á sus clientes goces terrenos á condición de observar la ley tradicional de Jehová. De este modo se explica que muchos saludaran al Mesías de Israel en Herodes el Grande, formando una secta nueva á que el Evangelio hace alusiones frecuentes³, y que florecía aún en Roma mucho después de muerto aquel príncipe⁴. La regeneración

¹ ACT. APOST., III, 13-14: «Jesum quem vos tradidistis et negastis ante faciem Pilati.»

² ISAI., LIII, 12: «Cum sceleratis reputatus est.»

³ MATH., XXII, 16.—MARC., III, 6.—Etc.

⁴ PERSE: *Satires*, V, 180 y sig.—CL. TERTULLIAN.: *Contra Hæres.*—S. EPIPHAN.: *Hæres.*, XIX.

moral de la humanidad les parecía una consecuencia de los bienes materiales que el nuevo monarca había de asegurar, primero á sus hermanos y después á los prosélitos que reuniría en su carrera triunfal por el mundo.

No se les podía reprochar como un crimen este error inveterado: cuanto los profetas habían dicho de Moisés podía entenderse en este sentido, fijándose sólo en las apariencias; y el pueblo por sí sólo jamás ha sido capaz de juzgar de otra manera.

La consecuencia era que Jesucristo no realizaría el ideal de ellos. Ni en sus discursos, ni en su modo de obrar se echaba de ver ningún indicio de que intentara restaurar el trono de los Asmoneos, y menos el de David, por más que permitiera á sus partidarios saludarle como hijo del Rey Profeta ¹. Más todavía: cuando la muchedumbre había querido conferirle la realeza, con ocasión de los milagros que hizo en el desierto ², él había huido impidiendo toda tentativa de este género. Verdad que hablaba de *su reino* y de *su reinado* ³, pero lo hacía en términos extraños, incluyendo las más veces el elogio de la pobreza, de la sumisión, del sufrimiento y el sacrificio ⁴. En ninguna parte mencionaba los goces de la tierra, la gloria de dominar á los hombres, la restauración de las pompas de Salomón. Hijo del pueblo, amigo de los pobres y de los pequeñuelos, poco deseoso de agradar á los grandes, indiferente cuanto á la dominación de Roma, pagando el tributo á los alcabalers del César como á los del Sanhedrin ⁵, no tenía, según todas las apariencias, nada de aquel *Rey de la gloria* ante el cual habían de *abrir-*

¹ MATTH., XV, 22: «Domine mi, fili David»,—etc.

² JOANN., VI, 15.

³ MATTH., XII, 28, etc.—Véanse los otros tres Evangelios, *passim*.

⁴ Id., V, 3 10: «Beati pauperes... Beati qui lugent... etc.»

⁵ Id., XVII, 23; — XXII, 17.

se las puertas eternas, para dar entrada al cortejo de su fortaleza y poderío en los combates ¹.

Originario de la semi-pagana Galilea ² que nunca había producido profetas ³; habitante de Nazaret de donde no podía salir nada bueno ⁴, era poco recomendable á los ojos de los Judíos, y, en particular, para los habitantes de Jerusalén. Era la Judea, como ya lo hemos dicho, el país de la ortodoxia, y de ella debía salir la salud ⁵. Jerusalén, la ciudad santa, daba á los habitantes cierto derecho de tratar á los de provincias, y especialmente á los Galileos, como á los *rurales* en nuestros días, á los cuales se consideraría como una impertinencia conceder el mismo entendimiento y la misma autoridad que á los habituados á la vida parisiense. El Mesías, ¿podía razonablemente venir de Galilea? ⁶. Puesto que los profetas le llamaban hijo de David y tenían vaticinado que nacería en Belén de Judá, la respuesta negativa estaba ya dada: el hijo del carpintero de Nazaret podría muy bien arrogarse el papel que antes había ensayado su compatriota Judas Gaulonita ⁷, pero no con más probabilidad de lograr resultado entre los sabios que ilustraban á Sión con sus luces, ni entre el pueblo privilegiado á quien Dios permitía vivir á la sombra de su Templo.

En verdad, los doctores habrían podido recordar á sus discípulos que el Mesías debía venir de Galilea ⁸ para

¹ PSALM., XXIII, 7-11: «Attollite portas, principes, vestras... et intreibit Rex glorie... Dominus fortis et potens in prælio.»

² ISAL., IX, 1.—MATTH., IV, 15: «Galilee gentium.»

³ JOANN., VII, 52: «A Galilee propheta non surgit.»

⁴ Id., I, 46: «A Nazareth potest aliquid boni esse?»

⁵ Id., IV, 22: «Quia salus ex Judeis est.»

⁶ Id., VII, 41: «Numquid a Galilee venit Christus?»

⁷ ACT. APOST., V, 37: «Judas Galileus... avertit populum post se, et ipse periit.»

⁸ ISAL., IX, 1: — «Primo tempore allevisit est terra Zabulon et

manifestarse en Jerusalén, según el profeta Isaías ¹. Tocante á la filiación de Jesús, las listas genealógicas que ellos tenían les bastaban para hacerla constar sin gran dificultad, y las *Actas* del empadronamiento de Sulpicio Quirino les habrían demostrado que el hijo de María había nacido en Bethléem-Ephrata, como le correspondía al Mesías ². Parece muy extraño que á nadie se le ocurriera el pensamiento de hacer esa investigación, y que, al parecer, se hubiera perdido completamente el recuerdo de los acontecimientos sucedidos al rededor de la cuna de Cristo.

Pero la persuasión general, conviene fijarse en esto, era que *Jesús de Nazareth* ³, como le llamaban, viviendo en Galilea desde su más tierna infancia, no había tenido otra patria. Ni en Jerusalén ni en Belén poseía ya su familia nada que pudiera recordar que había estado allí. Por otra parte, la raza de David, en decadencia y olvidada, pululaba, como después ha sucedido con los *descendientes del Profeta*, esos del turbante verde que con tanta frecuencia se encuentra uno en Oriente: nadie se cuidaba de ella, por más natural que pareciera que debiese llamar la atención ⁴. Herodes había borrado el recuerdo de Salomón en la mente del vulgo, y la matanza de los Inocentes llevaba delante y detrás tantas otras

terra Nephthali et novissimo aggravata est via maris trans Jordanem Galilee Gentium.)

¹ ISAL., XL, 9-10: «Super montem excelsum ascende tu qui evangelizas Sion: exalta in fortitudine vocem tuam qui evangelizas Jerusalem, etc.—Cl. Id., XLI, 27.

² PSALM., CXXXI, 6: «Audivimus eam in Ephrata.»—MICH., V, 2: «Et tu, Bethleem Ephrata.... ex te mihi egredietur qui sit dominator in Isracl.»

³ MATTH., XXVI, 71. — MARC., X, 47. — JOANN., XIX, 19: «Jesus Nazarennus.»

⁴ V. HERESIPO (en Eusebio: *Hist. Eccl.*, III, 29), hablando de los nietos de Judas, *hermano del Salvador*.

iniquidades del mismo género, que se había como perdido entre el gran número de ellas. El empadronamiento de Quirino había causado extremo desagrado á los judíos ¹, y no hubiera sido hábil recordárseles, mal dispuestos como estaban para acudir á él. Á consecuencia de una interpretación falsa de las palabras de Isaías, creían muchos que el Mesías no tendría padre, ni madre, ni genealogía ², lo cual disminuía el interés que pudiera tener una investigación del origen de Jesús, cuya madre era conocida en Jerusalén lo mismo que en las orillas del lago de Genesareth ³.

Aun admitiendo que los doctores hubieran querido ilustrar á los demás, es dudoso que lo hubieran logrado. La acción de muchos siglos había sustituido á la noción exacta y á la práctica razonable de la ley mosaica, una doctrina y unos usos completamente opuestos á esa ley; pero cuyo supersticioso culto hacia imposible cualquier reacción en contra de ellos. La lectura atenta del Evangelio prueba que el gran agravio alegado contra Jesús se tomó del desdén que mostraba á esa religión nueva, de la cual dice todavía el *Talmud* ⁴: «Las palabras de los doctores aventajan á las de la Ley y los profetas. Quien se ocupa en la Escritura hace una cosa indiferente; quien medita el *Mischna* es digno de recompensa; pero quien se da al estudio de *Gemara* practica la acción más meritoria.» Tocar á esta andamiada de interpretaciones pueriles y de prescripciones esclavizadoras, era tocar á la mismísima arca santa. Los doctores que habían preparado este fardo y se guardaban muy bien de echarse lo so-

¹ JOSEPH.: *Antiq.*, XVIII, 1, 1-2.

² ISAL., LIII, 8: «Generationem ejus quis enarrabit?»

MATTH., XIII, 55: «Nonne mater ejus dicitur Maria?»

⁴ Tratado *Bava Metzia*.

bre los hombros ¹; porque, tácitamente conformes con Jesús, lo encontraban *inoportable* ², no eran dueños de menospreciarlo: esto sería hacerse echar de la sinagoga, tal vez ponerse en el caso de ser apedreados, ser extraños mártires de un error que ellos habían acreditado y que ya era preciso conllevar como regla de la vida pública. Por eso preferían ellos aprovecharse de él, como el divino Maestro se les echaba en cara ³ en presencia de todo el pueblo.

Sin embargo, no todos eran explotadores escépticos, y más de uno podían llamarse adeptos persuadidos de las doctrinas de Hillel y de Schammai, si la convicción se puede confundir con el fanatismo, como lo hacían ellos. Ciertamente, los más servían ante todo á sus propios intereses: algunos, los más ardientes, creían servir á un interés superior conforme en todo caso con sus preocupaciones y abusos ⁴. Es más fácil de lo que se cree falsear de esta manera el juicio, proseguir con aspereza la realización de la idea que uno se ha fabricado, dispuesto á desbaratar en su camino las resistencias en que se va á estrellar. No es rara la buena fe entre los secuaces y apóstoles del error: sólo Dios posee el derecho de condenar á los que obran con ella, y San Agustín tuvo razón para decir á los herejes de su tiempo: «Los que no saben cuán difícil es encontrar la verdad, podrán ser severos con vosotros; yo, que por experiencia sé lo que cuesta, no puedo teneros sino compasión y caridad.»

¹ MATTH., XXIII, 4: «Onera gravia et importabilia imponunt in humeros hominum, digito autem suo nolunt ea movere.»

² Id., XXIII, 4.—Cl. Id., XV, 14.—Luc., XI, 52.

³ MARC., XII, 40: «Devorant domos viduarum sub obtentu prolixarum orationis.»

⁴ RENAN: *Vie de Jésus*, 327 y sig.—Los abates LÉMANN: *Valeur de l'Assemblée*, etc., p. 29-38.

Mas Jesús tenía que atraerse el odio de todos por igual, porque lo mismo echaba por tierra las cátedras de los sabios, que las sillas de los mercaderes del Templo, desemmascarando su hipocresía ó disipando sus sofismas, proclamando la libertad de los hijos de Dios para los que otros esclavizaban con el yugo del hombre, ó más bien del demonio, *padre de ellos* ¹, como se les decía sin recatarse del orgullo que tenían.

Pronto se decidieron: el *rabi* de Nazareth no podía ser el Mesías, ni tampoco un profeta, ni siquiera un hombre de Dios: era un *pecador* ², un *samaritano* ³, un *demoníaco* ⁴, un *seductor* ⁵, que comprometía la paz pública ⁶ y la salud de la patria ⁷. Lo mejor era quitarle de en medio, es decir, darle muerte; conclusión terrible que no causó espanto ni á los sacerdotes, ni á los Escribas, ni á los Fariseos, y que ellos se encargaron de imponer á la conciencia pública.

Era menester, si no justificar ante el pueblo esta acusación, por lo menos poner un pretexto, que no fué difícil encontrar, torciendo de su verdadero sentido algunas palabras del Salvador ó interpretando torcidamente algunas de sus acciones. Menospreciar el sábado, hablar de arruinar el Templo, desestimar á Israel, ya que no digamos repudiarlo en provecho de los Gentiles, mofarse de la tradición de los Ancianos en nombre de una doctrina nue-

¹ JOANN., VIII, 44: «Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere.»

² Id., IX, 24: «Hic homo peccator est.»

³ Id., VIII, 48: «Quia Samaritanus es tu, et demonium habes.»

⁴ MARC., III, 22: «In furorem versus est... Quoniam Beelzebub habet.»

⁵ MATTH., XXVII, 63: «Seductor ille dixit adhuc vivens: Post tres dies resurgam.»

⁶ Luc., XXII, 2: «Hunc invenimus subvertentem gentem nostram.»

⁷ JOANN., XI, 48: «Si dimittimus eum sic... venient Romani et tollent nostrum locum et gentem.»

va; sobre todo, usurpar el título de *Hijo de Dios*, constituía un capítulo de culpas á que se añadía secundariamente el trato de publicanos y pecadores, la indulgencia á favor de las adúlteras y la rehabilitación de las mujeres perdidas, junto con el desdén nada disimulado á la sabiduría y la santidad oficiales ¹.

Pero ¿y los milagros? ¿Qué harán con los milagros? Lo que se hace hoy día cuando contrarian á una opinión ó perjudican á un interés: negarlos en público ² sin perjuicio de reconocerlos privadamente ³ y — lo que siempre ha sido la gran habilidad — explicarlos. Las explicaciones de entonces no se parecían á las de ahora: se les atribuían á Belcebú ⁴. El resultado era idéntico para la turba ilusionada y para los inventores de la explicación, que acababan por atenerse á ella con esa extraña convicción de que tantos ejemplos tenemos á la vista. No se deprava impunemente á la razón; y la más terrible venganza de Dios es la locura en que viene á parar la mala fe del orgullo.

En tales disposiciones se encontraba el pueblo de Jerusalén y sus directores al acabarse el año segundo de la vida pública del Salvador, que es cuando podemos fijar la fecha de la primera excomunión pronunciada contra El bastante tiempo antes de la curación del ciego de nacimiento, 30 de Septiembre (*tisri*) del año 33 ⁵.

Con efecto: en el Evangelio de San Juan, á quien debemos la narración de ese prodigio ⁶, vemos que el

¹ V. los Evangelios, *passim*.

² JOANN., IX, 16: « Quomodo potest homo peccator hac signa facere? »

³ *Id.*, XI, 47: « Hic multa signa facit. »

⁴ LUC., XI, 18: « In Beelzebub principe demoniorum ejecit demonia. » — Cf. MATTH., XII, 24, et MARC., III, 22.

⁵ CHEVALLIER: *Récits évangéliques*, p. 315. — Cf. SEPP: *Vie de Jésus-Christ*, t. II, 181.

⁶ JOANN., XI, 1-38.

Sanhedrin había dictado excluir de la sinagoga á los que siguieran á Jesús, y que el milagrosamente curado fué expulsado por haber dado testimonio favorable á su bienhechor. Mas no podríamos comprender el alcance de tal medida, si no tuviéramos una noción exacta de lo que era la excomunión entre los judíos.

Habíala de tres grados ¹: las dos primeras equivalían á la que se llama *excomunión menor*. El grado primero (*Niddui*) correspondía á la culpabilidad ligera, castigada con una multa, ó, si el culpable era insolvente, con privarle del baño, rasura ó mesa común. Cuantos tuvieran relaciones precisas con él, tenían que mantenerse á la distancia de *cuatro codos* ². No se le prohibía la entrada en el Templo, pero no podía andar en él como quisiera. La excomunión *Niddui* duraba ordinariamente treinta días, y podía renovarse dos ó tres veces según decidiera el Tribunal.

El cuidado con que el Evangelio nos advierte que en esa época Jesús se detenía en el pórtico de Salomón ³, inmediatamente próximo á la Puerta oriental y fuera del atrio de los Gentiles, supone la intención de mostrárnosle separado del resto de los creyentes, en conformidad á lo que significa la palabra *Niddui*, que es *separación*.

Cuando el culpable no se enmendaba, ó en caso de faltas más graves, caía sobre él la sentencia *Cherem* (*abandono*), que debía ser dictada por un tribunal compuesto de diez miembros por lo menos ⁴. Ésta no consistía ya en una simple denuncia; comprendía una verdadera

¹ *Apparatus biblicus*, t. III, p. 531 y sig. — LIGHTFOOT: *Horæ talnudicæ*, t. II, 890. — SEPP: *Vie de Jésus-Christ*, t. III, 220.

² Unos dos metros.

³ JOANN., X, 22: « Et ambulabat Jesus in porticu Salomonis. »

⁴ ORON citando á *Pirke Eliezer*, c. 38.

maldeción tomada, según dicen, del cántico de Débora, rechazando de Israel á los habitantes de Meróz ¹. Los efectos eran más temibles; el condenado no podía vender ni comprar fuera de lo necesario para la vida, ni enseñar en público, ni asistir á la predicación de la sinagoga ². Conservaba, no obstante, el derecho de llamar, en el secreto de la casa ó aparte, á los maestros ó discípulos ordinarios, lo cual permitía al Salvador reunir á sus discípulos bajo el pórtico de Salomón, en el Cenáculo ó en las vertientes del Olivete. Varios comentaristas ³ han atribuido á esta excomunión su ausencia en las Pascuas del año 32 ⁴, y su viaje á Fenicia ⁵, que le permitía evitar los vejámenes que los judíos proyectaban. Esta segunda excomunión se echa de ver fácilmente en el silencio de Jesús durante toda la escena de la acusación lanzada contra la mujer adúltera. Con efecto: el divino Maestro se contenta con escribir en el suelo, sin decir una palabra á los Escribas y á los Fariseos, como para marcar la prohibición de enseñar que pesaba sobre él ⁶. Después, cuando ellos se marcharon cabizbajos, deja escapar esta magnífica protesta, fácil de comprender, á continuación del mutismo antes observado: «Yo soy la luz del mundo:

¹ JUDIC., V, 23: «Maledicite terrae Meroz.... maledicite habitatoribus ejus.»—V. la fórmula citada por LÉMANN, p. 32, y dirigida, según parece, contra los partidarios de Jesús.

² FARRAR (*Life of Christ*, XLI, 274) ha llamado la atención sobre el silencio impuesto á Jesús en las sinagogas, desde antes de curar al ciego de nacimiento.

³ SEPP: *Vie de J.-C.*, t. II, 184,—etc. Esta opinión no nos parece justificada; pero se puede sostener, y debíamos mencionarla aquí.

⁴ JOANN., VII, 8: «Ego autem non ascendo ad diem festum istum quia meum tempus nondum impletum est.»

⁵ MATTH., XV, 21-31.—MARC., VII, 24-37.

⁶ JOANN., VIII, 6: «Tu ergo quid dicis? Hoc autem dicebant ut possent accusare eum. Jesus autem inclinans se deorsum digito scribebat in terra.»

el que me siga no anda en tinieblas, sino que es alumbrado con la luz de la vida ¹.»

Los del Sanhedrin hacia ya tiempo que estaban insensibles á toda protesta, y su odio no habia de pararse á mitad del camino. Faltábales contra su adversario la última sentencia, que no tardó en venir.

La excomunión mayor, llamada *Schammata* ², ponía al condenado fuera de la ley. Desde entonces todo el mundo tenía derecho de ir corriendo detrás de él y de darle muerte. Es el *anathema* de que habla la Escritura ³, la *caecración*, el ser rechazado de la comunidad de los fieles en el tiempo y en la eternidad. Así el rabino Maimónides, reflexionando sobre Rabbi Ascher ⁴, observa que los jueces vacilaban en pronunciarla, por grave que fuera el delito sometido á sus deliberaciones ⁵.

Una vez decretada en el Gran Consejo, se publicaba con fúnebre aparato á la puerta de las sinagogas ante la asamblea convocada á son de trompetas. En seguida comenzaba la persecución del culpable, que debía mirar por salvarse mediante el destierro; pues el territorio de Israel se le había tornado inhospitalario, y ni siquiera sus cenizas habrían encontrado en todo él donde ser enterradas ⁶.

Según el Evangelio de San Juan ⁷, es evidente que

¹ JOANN., VIII, 12: «Ego sum lux mundi: qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite.»

² Expresión derivada de dos palabras: «*Scam, mithab*,—*ibi mors*» (tratado *Moed Katon*, fol. 340, 47), que indicaban la condenación á muerte.—V. *Apparatus biblicus*, III, 534, col. 2.

³ JOSUE., VII, 17.—ACT. APOST., I, 20.—I COR., V, 5.—GAL., I, 8:—ETC.—CF. PALM., LXVI, 26-29; et CVIII, 8-10.

⁴ *Tosaphi Pesachim*, fol. 130.

⁵ *Madda*, c. VII, sect. II.

⁶ OTHO: *Lex Rabbi*, p. 21.—Ap. LÉMANN, p. 50.

⁷ JOANN., VII, 32: «Miserunt Principes et Pharisei ministros ut apprehenderent eum.»—CF. VIII, 20: «Nemo apprehendit eum, etc.»

el Sanhedrín había decretado la prisión de Jesús desde el 28 de Septiembre del año 33 ¹, puesto que le vemos aquel día enviar á prenderle á los criados del Templo que no se atrevieron á echarle mano. Esta prisión no podía tardar en ser seguida de una sentencia de muerte, como él se le echaba en cara al otro día, y no sin motivo, toda vez que trataron de apedrearle en el Templo mismo antes de acabarse el día ². Después de curado el ciego de nacimiento, se repitió la misma tentativa, sin más efecto que la anterior ³, pero con el resultado de haberse retirado el Salvador al otro lado del Jordán, donde el Precursor le había bautizado ⁴. La excomunión mayor no se había pronunciado aún, pero es claro que estaba en la mente de todos, tanto que los Apóstoles, viendo á su Maestro repasar el Jordán, llamado por las hermanas de Lázaro, no pudieron ocultar el asombro que les causaba esta imprudencia mortal ⁵.

En poco se equivocaban: la muerte le acechaba junto á este sepulcro, de donde iba á sacar á su amigo. La resurrección de Lázaro puso el colmo al furor de los Escribas y Fariseos. Reunidos en casa del Gran Sacerdote Caifás en su quinta de *Dejebel-el-Qoubor* ⁶, el jueves 19 de Febrero del año 34 ⁷, se comunicaron sus odios y sus temores. La escena tiene demasiado interés para que no debamos contarla detalladamente.

¹ 24 de Octubre, según CHEVALLIER: *Récits évangéliques*, p. 314.

² JOANN., VIII, 40: «Nunc autem queritis me interficere.»—Cf. *Id.*, *ibid.*, 39.

³ *Id.*, X, 31: «Sustulerunt ergo lapides Judei ut lapidarent eum.»

⁴ A Béthanora.—JOANN., X, 39-40: «Querelant ergo eum apprehendere et exivit de manibus eorum. Et abiit iterum trans Jorda nem, etc.»

⁵ JOANN., XI, 8: «Nunc Judei querebant le lapidare, et iterum vadis illuc?»—Cf. *Id.*, *ibid.*, 16: «Eamus et nos ut moriamur eum eo.»

⁶ *Montaña de los Sepulcros*, que los cristianos llaman: *el monte del Mal Consejo*.

⁷ CHEVALLIER: *Récits évangéliques*, p. 374.—Cf. SEPP. t. II, p. 217.

«¿Qué hacemos?, decían. Este hombre multiplica los prodigios. Si le dejamos tranquilo, todo el mundo creerá en él, intervendrán los romanos, y esto acabará con nuestro país y nuestra raza.»

La inquietud era verdaderamente patriótica y digna de admiración. El presidente se encargó de disiparla.

«Parece que ignoráis, dijo, sin duda porque no habéis reflexionado en ello, que es preferible sacrificar un hombre á fin de salvar á todo un pueblo.»

El pobre Caifás no era bastante perspicaz ni bastante malvado para encontrar por sí mismo esta solución, como lo hace observar San Juan con cierta ironía grave: mas por su calidad de Sumo Sacerdote, tuvo espíritu de adivinación y profetizó que *Jesús moriría por la salud de su nación*, ó mejor dicho, por la salud del nuevo pueblo formado de los hijos de Dios esparcidos en toda la haz de la tierra.

«Y desde aquel día los Escribas y los Fariseos buscaron el medio de darle muerte ¹. ¿Es esto decir que al fin de la reunión, presidida por Caifás, se había pronunciado oficialmente la sentencia de proscripción? Los talmudistas parece que lo dicen, pero la historia evangélica no permite suponerlo, y, como veremos pronto, es más natural referir al día de Jueves Santo el acto solemne que separase á Jesús de la Sinagoga de Israel. En lo cual se está de acuerdo con el *Talmud*, toda vez que afirma que elregonero público repitió todas las mañanas *durante cuarenta días*, la sentencia pronunciada contra Jesús.

Sea de esto lo que fuere, no le había llegado aún el momento de morir: su hora, la que él había escogido y

¹ JOANN., XI, 46-56.—Cf. RENAN: *Vie de Jésus*, 367.—A. WEILL: *Moïse et le Talmud*, 181. (Este último cita el *Talmud* á propósito de la excomunión de Jesús, bajo el título de tratado *Sanhedrín*, lib. VI, fol. 43.—*El Apparatus biblicus*, t. I, p. 539, col. 1, lo cita indicando el fol. 107.)

de la que frecuentemente hablaba á sus discípulos, no había sonado todavía. Se mantuvo, pues, apartado y después bajó hacia el Jordán que pasó para internarse en la región desierta de Ephraim. Allí se había refugiado en otro tiempo David para evitar la persecución de Absalón, y allí fué el hijo ingrato que encontró la muerte á manos de Joab ¹. El divino Maestro permaneció unas seis semanas: estaba allí relativamente seguro en territorio de Antipas, el tetrarca de la Galilea y la Perea. Fué este como tiempo de supremo recogimiento y preparación próxima para el sacrificio que debía llevar á cabo. Verdadero cordero pascual, esperaba la fiesta de Pascua para presentarse á ser inmolado: cuando no le faltaban sino seis días, tomó otra vez el camino de Jerusalén y fué á Bethania, esperando la hora de la entrada triunfal en el segundo Templo, que había vaticinado el profeta Malachías ².

El furor de los fariseos no podía ya contenerse: «Ya lo véis, se decían; no adelantamos nada. Todo el mundo corre tras Él ³». Más se encendieron aún á consecuencia de las maldiciones con que en cierto modo les abofeteó delante del pueblo, que se estremecía de entusiasmo y de terror á la vez: «¡Ay de vosotros, fariseos y escribas hipócritas, que os parecéis á los sepulcros blanqueados por dentro, y llenos por dentro de podredumbre!.... Serpientes, raza de víboras, ¿cómo evitaréis la condenación eterna?» ⁴.

En estos términos se había expresado el martes; al

¹ II REG., XVIII, 6. — No se confunda esta Ephraim con la moderna *Taijbeh*, vecina de la antigua Bethel, como lo ha hecho CAZUS: *Vie de J.-C.*, II, 427. — según RENAN: *Vie de Jesus*, 369.

² MALACH., III, 1. — Cf. ZACH., IX, 9.

³ JOANN., XII, 19: «Videtur quia nihil proficimus? Ecce mundus totus post eum abiit.»

⁴ MATTH., XXIII, 23-32: «Vae vobis, scribe et pharisei hypocrite!», etc.

otro día ¹ Sacerdotes, Escribas, Ancianos, se reunieron en asamblea solemne en casa del Sumo Sacerdote Caifas, y deliberaron sobre los medios de dar muerte al audaz predicador. En la substancia de la cuestión estaban conformes; vacilaban sólo cuanto á la ocasión que se debiera escoger. «No durante el día de la fiesta, decían, no sea que se amotine el pueblo ²». Temían al pueblo que, á pesar de todo, podía volverse contra ellos, y principalmente á los romanos, que seguramente intervendrían para reprimir la sedición. Mientras estaban discutiendo, se presentó un hombre que les dijo: «¿Cuánto me dáis, y yo os le entrego?» ³. Era Judas de Kerioth, uno de los discípulos de Jesús, el hombre de confianza del Colegio apostólico, que, por consiguiente, conocía bien las costumbres del Maestro y de los discípulos. Él, mejor que nadie, era á propósito para salvar las apariencias y orillar los obstáculos. Se aceptó la oferta; se ajustó el precio, y se fijó la hora: el día siguiente por la noche.

¿Y por qué no en el acto? Necesitaban tiempo propio para sorprender el espíritu de la muchedumbre con un golpe bien dado; estos hipócritas, aun sin la careta, no podían desprenderse de sus hábitos de comediantes, y el modo de presentar el crimen los preocupaba tanto como su perpetración.

El jueves por la mañana ⁴, día 13 del mes de Nisán, las cuatrocientas sinagogas de Jerusalén ⁵ vieron agru-

¹ Miércoles, 16 de Marzo (12 nisan).

² MATTH., XXVI, 5: «Non in die festo, ne forte tumultus fieret in populo.»

³ *Id.*, XXVI, 14-15. — MARC., XIV, 10. — LUC., XXII, 4.

⁴ El jueves era uno de los días de asamblea y de oración solemne. (*Apparat. biblic.*, 453, col. 2.)

⁵ Jerusalén contaba, además del Templo, con cuatrocientas sesenta sinagogas para el servicio de los indígenas y de los extranjeros (Tratado *Berakhoth*, fol. 8). — Cf. SEPP, III, 220. — Las *ACTAS* (VI, 9) mencionan la

pados ante sus puertas á los fieles convocados por las trompetas de los levitas. Un sacerdote apareció en el umbral, y con voz fúnebremente vibrante, declaró separado del pueblo, en la vida y en la muerte, á Jesús de Nazareth, el seductor y el falso profeta ¹. Tal es, por lo menos á nuestro entender, la relación del *Talmud*, á la cual no puede oponerse más objeción que el silencio de los Evangelios, que suelen omitir lo que todos debían conocer ó recordar como perteneciente á las costumbres nacionales. La mayor parte de los historiadores de Cristo han aceptado este testimonio de los judíos contra sí mismos, y nosotros no podemos menos de hacer lo mismo.

Ya, pues, no es posible dudar: la Sabiduría eterna ha sido puesta en la picota por la inculpación de haber aceptado y predicado el error. La inocencia misma ha sido condenada á muerte como responsable de crímenes odiosos. El Salvador de Israel y del mundo ha sido declarado públicamente un peligro y una ruina para los que más amaba. ¡Oh lección formidable para el orgullo de la razón humana! ¡Oh consuelo inefable para las almas agobiadas bajo el peso de la injusticia, de la calumnia y de la persecución! Ocasión es esta para que, de rodillas ante el

de los *Libertinos*, la de los *Cyreneos*, la de los *Alejandrinos* (el tratado *Megillath*, fol. 73, menciona igualmente esta última). El monte Sión tenía siete. (S. EUPHANSIO: *de Mensuris*, XIV, 170.)

¹ *Talmud*: tratado *Sanhedrin*, lib. VI, fol. 43. Era la forma ordinaria de la excomunión *Schammatah*, según el mismo tratado, fol. 7.—Cf. Sere: *Vie de N. S. Jésus-Christ*, II, 220.—CHEVALLIER: *Récits*, 377.—Estos dos escritores colocan la excomunión solemne en el sábado 21 de Febrero, conforme al *Talmud* que le pone, según dicen ellos, cuarenta días antes de la muerte de Jesús. Esto me parece un error, y nuestra relación concuerda mejor con el conjunto de los hechos. Fuera de las grandes reuniones de Pascua, Pentecostés y la Dedicación, difícilmente las cuatrocientas sinagogas de Jerusalén habrían podido reunir un grupo cualquiera de asistentes.

Maestro abandonado, repitamos con el Príncipe de los Apóstoles: *¿Á quién, pues, acudiremos para encontrar luz y fortaleza, siendo vos el único que tiene la palabra de vida eterna?* ¹.

Reo Jesús de una sentencia de muerte, no fué al Templo ni aun á Jerusalén durante todo el jueves. Al hacer de noche, con precaución que nota cuidadosamente el Evangelio ² y que evidentemente se encaminaba á burlar la vigilancia de Judas ³, se dirigió hacia la Ciudad Alta, donde quería celebrar la última Pascua con sus discípulos: verdadero convite de leprosos y proscritos que rendían el último homenaje á la ley que los rechazaba y que, no obstante, querían cumplir hasta el fin.

Diríase que el Maestro se ocultaba para evitar una sorpresa de sus enemigos: mas solamente quería dar una lección de prudencia á los Apóstoles y á los cristianos de todos los tiempos: nadie debe adelantar la hora de Dios, provocando locamente á los hombres. Esperaba el momento predestinado, gustaba de recordar muchas veces, y aun la vispera, al volver de Bethania ⁴, que era él mismo quien lo había fijado. Él sólo era dueño de los acontecimientos, que disponía á su voluntad, y, para probarlo hasta la evidencia, preparaba la mesa de la última Cena á la sombra del mismo palacio de los Pontífices, como desafiándoles á que le prendieran antes de la hora por él escogida. Tenía empeño, según parece, en comprobar plenamente lo que había dicho: «*Nadie me quita*

¹ JOANN., VI, 69: «Domine, ad quem ibimus? Verba vite eterna habes!»

² MATTH., XXVI, 48.—MARC., XIV, 43.—LUC., XXII, 7.

³ CAMUS: *Vie de N. S. J.-C.*, III, 137.—FOUARD: *Vie de N. S. J.-C.*, II, 251.

⁴ MATTH., XXVI, 2: «Scitis quia post biduum Pascha fiet et Filius hominis tradetur ut crucifigatur.»

la vida; yo la doy á mi arbitrio ¹.» No le habían de prender en Sión, por más fácil que fuera entonces su captura; el sitio, lo mismo que la hora, lo había designado previamente él mismo ², y Judas podía reunir á su gusto los guardias del Templo para conducirles al huerto de Gethsemani.

¹ JOANN., X, 17: «Ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me: sed ego pono eam a meipso.»

² MATTH., XXVI, 54 et 56, cit. ISAI., LIII, 40, et JEREM., IV, 20.

CAPITULO III

LA ÚLTIMA PASCUA DE JESÚS

Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar.

LUC., XXII, 15.

Quam dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

JOANN., XIII, 1.

La mañana del jueves, día primero de los ácidos, los discípulos habían preguntado al Maestro: «¿Dónde quieres que te preparemos lo necesario para comer la Pascua ¹?»

Era solamente la vigilia del día consagrado á esta comida solemne; pero convenia hacer los preparativos sin esperar á última hora, por causa de la bulla de Jerusalén y del Templo, donde difícilmente se despachaba el que no hubiera tomado antes sus precauciones. La multitud de peregrinos llegaba de ordinario á millón y medio, si no pasaba, como sucedió bajo el mando de Cestio Galo ²; y para dar abasto á la inmolación de los corderos se necesitaba una verdadera tribu de sacrificadores. Aun así no se comprende cómo pudieran satisfacer los deseos del

¹ MATTH., XXVI, 17: «Ubi vis paremus tibi comedere pascha?»

² El número de peregrinos ascendió en esta ocasión á más de dos millones.—JOSEPH.: *Bell. Jud.*, II, XIV, 3.—Cf. LIGHTFOOT, cit. *Echah Rabbath*, fol. 59.